

Bautismo de los hijos: ¿por qué?  
P. Fernando Pascual  
24-8-2010

En algunos ambientes el bautismo de los hijos pequeños se ha convertido en la excepción. Cientos de padres, bautizados y, según dicen algunos de ellos, católicos, optan por no dar este sacramento a sus hijos pequeños. Prefieren que éstos, cuando crezcan, tomen la decisión de bautizarse o de no bautizarse.

Los motivos que llevan a este hecho son diferentes. Fijémonos ahora en algunos de ellos.

Un primer motivo es muy sencillo: los padres han perdido la fe. En un pasado más o menos lejano recibieron el bautismo, quizá incluso se casaron por la Iglesia, a veces por motivos sociales o por una vaga idea de la necesidad del matrimonio que por convicciones profundas. Con el pasar del tiempo, dejaron atrás su fe católica para seguir otras ideas y principios, que les llevaron vivir como ateos teóricos o prácticos. Otros adoptaron un sincretismo de los muchos que existen en la galaxia “New Age”, o hicieron propias ideas recogidas entre las diversas religiones a las que pudieron acceder.

En estos casos, hay motivos serios para no bautizar a cada uno de los hijos. ¿Qué sentido tendría llevarlos a la parroquia para un rito que los padres ya no comprenden, quizá incluso que consideran extraño o superado por la ciencia o por otras ideas en boga? ¿Cómo pueden valorar el bautismo si han rechazado la idea del pecado original, si piensan que no hay diferencia entre ser o no ser bautizados, si no reconocen valor a los demás sacramentos, si no creen ni en Cristo ni en su Iglesia?

No bautizar a un hijo en estas condiciones tiene, por lo tanto, su sentido. Sería incoherente, por parte de los padres, llevar a la parroquia al hijo para bautizarlo con un rito cuyo significado les resulta primitivo o incluso falso. Pero en estos casos, hay que ir más a fondo: ¿por qué los padres perdieron la fe? ¿Qué significa para ellos la vida y la muerte? ¿Conocen realmente a Cristo? ¿Qué piensan de la Iglesia?

Otro motivo que pueden adoptar los padres para no bautizar a los hijos radica en una idea sencilla: piensan que no habría que “imponer” a los niños opciones de tipo religioso, sino que serían éstos quienes, al llegar a la madurez necesaria, decidirían si bautizarse o no bautizarse, si ser católicos o musulmanes o de otra religión o simplemente agnósticos o ateos.

Este segundo motivo puede darse en padres que ya perdieron la fe (de los que ya hablamos), o en padres que son conscientes de cierta debilidad en la propia fe (creen, pero no mucho), o en padres que se consideran a sí mismos como “buenos” católicos, como creyentes que viven correctamente. En este tercer caso, los esposos que suponen ser católicos (aunque, como veremos, no lo son en plenitud) asumen la idea que ya vimos antes, muy extendida en algunos ambientes, según la cual los padres no deberían “imponer” ideas religiosas en sus hijos, para esperar que ellos, en el futuro, decidan por su cuenta qué creer y qué no creer.

En realidad, este modo de pensar supone errores a nivel humano y a nivel religioso.

Desde el punto de vista humano, los padres de familia continuamente “imponen” ideas y pautas de comportamiento a sus hijos. Desde la orden “no te metas eso en la boca” hasta la acción que lleva al hijo, a veces entre lágrimas, a una escuela materna, los padres de familia determinan (e imponen) qué sea mejor y qué sea peor para sus hijos, no sólo en lo que se refiere a la salud (“come esto y no comas lo otro”) sino también en otros ámbitos de tipo cultural que a veces son muy discutibles en

las sociedades pluralistas; por ejemplo, inscribir o no inscribir al niño en una escuela bilingüe, o en una escuela de defensa personal, o en un internado más o menos estricto, etc.

Desde el punto de vista religioso, considerar que la dimensión de la fe vale menos que la decisión de aprender o no aprender esta o aquella lengua extranjera supone un achatamiento grave en la propia visión de la vida. Porque aprender inglés, o francés, o alemán, o chino (quizá el idioma más hablado en el planeta) tiene su valor en el mundo presente, pero no es decisivo para el mundo de lo eterno. En cambio, acoger la acción salvadora de Cristo desde la fe (y el bautismo es sacramento de la fe), y superar las heridas del pecado original, es algo que vale no sólo para el tiempo presente, sino también para la eternidad. En otras palabras: es mucho más importante que un hijo reciba el bautismo que no inscribirlo en una escuela bilingüe o de estimulación precoz.

Señalamos antes que algunos de los padres que retrasan el bautizo de sus hijos para que decidan ellos más adelante se consideran católicos, pero añadimos que no lo son plenamente. Porque una persona que conoce su fe y que busca estudiarla con seriedad, que busca sinceramente tener momentos para la oración, que participa cada domingo en la Misa y que se confiesa con cierta frecuencia, sabe que una importante dimensión de su identidad cristiana es la que le lleva a escuchar, acoger y vivir las enseñanzas del Papa y de los obispos cuando ofrecen y explican la fe y la moral católica.

Pues bien: el Papa y los obispos, desde las Escrituras y la Tradición, piden a los padres de familia que bauticen a sus hijos desde pequeños y que les enseñen, según las diversas etapas de su crecimiento, la fe.

Hay un documento que ofrece una síntesis bastante completa de esta doctrina, y que fue publicado con fecha de 20 de octubre de 1980 por la Congregación para la doctrina de la fe. Su título es “Instrucción sobre el bautismo de los niños” y fue aprobado por el Papa Juan Pablo II (cf. <http://multimedios.org/docs/d000817/>).

De un modo resumido, encontramos la misma doctrina en el “Catecismo de la Iglesia Católica”, en donde leemos lo siguiente (en el n. 1250):

“Puesto que nacen con una naturaleza humana caída y manchada por el pecado original, los niños necesitan también el nuevo nacimiento en el Bautismo (cf. DS 1514) para ser librados del poder de las tinieblas y ser trasladados al dominio de la libertad de los hijos de Dios (cf. *Col* 1,12-14), a la que todos los hombres están llamados. La pura gratuidad de la gracia de la salvación se manifiesta particularmente en el bautismo de niños. Por tanto, la Iglesia y los padres privarían al niño de la gracia inestimable de ser hijo de Dios si no le administraran el Bautismo poco después de su nacimiento (cf. CIC can. 867; CCEO can. 681; 686, 1)”.

Este texto merecería ser acompañado, en muchos casos, por una explicación bastante amplia, sobre todo cuando los padres de familia no bautizan a sus hijos porque desconocen lo que significa el pecado original, o porque no aprecian en toda su riqueza el don de Dios que se produce cuando un poco de agua cae sobre la cabeza del hijo y se pronuncian las palabras bautismales.

Por eso, frente al fenómeno de padres de familia que no bautizan a sus hijos, hace falta una catequesis profunda que enseñe verdades básicas de nuestra fe. De lo contrario, será fácil encontrarse con padres que están más preocupados por los dientes de sus hijos, por sus habilidades psicomotorias, por su rendimiento escolar, que por el Amor que Dios Padre les ofrece por su Hijo en el Espíritu Santo.

Sólo cuando abramos los ojos y el corazón al mundo del espíritu, cuando reconozcamos que vale mucho más trabajar por el alma que no perece que por el cuerpo que un día será destruido por las leyes de la física (y por bacterias insaciables), sin que ello implique despreciar ese cuerpo tan maravilloso que Dios nos ha dado, valoraremos en su justa medida la belleza del regalo del bautismo. De este modo, sentiremos un apremio muy grande para que cada hijo lo reciba a los pocos días de nacer; y para que encuentre en su hogar a auténticos testigos y educadores en la fe, que guían a cada uno de sus hijos a acoger el don maravilloso del Amor de Dios en la propia vida.